

SON LO QUE SON

José Llinás, factor de instrumentos
de música arquitectónica

RINGING TRUE

José Llinás, lutemaker of musical
architecture

Llinás de Sota used to say that the master can turn a string into an umbrella. More like a virtuoso magician — nothing here, nothing there — than an architect. Maybe like a beloved wizard. And for Llinás, the sorcerer's apprentice who long since turned more master than apprentice. I would like to think also that architecture is a matter of stringing. Of strings and boxes. Of shaping boxes and tightening strings on them so that like musical instruments, they can ring. And as the music rings out, being enveloped in its chords, the mechanism which produces it is forgotten.

When all is said and done, is not architecture like music? Is not every work of architecture, every building, like a musical instrument which, mellowed by sunlight and played on by the use of man, produces tones which make us quiver with emotion?

Is not the architect like a maker of musical instruments? Is not the architect one who, with the simplest materials makes something beyond words (How difficult it is to define Architecture!) who, absorbed by light and tuned by men's lives, is able to bring forth the innermost vibrations?

Llinás, more as a talented lute-maker than architect, and manipulates the simplest materials. And with these, their qualities chosen in silence by wisdom, and their shape fashioned with intelligent perfection, he produces their instruments: marvellous boxes, which, once their strings have been tightened, are able to bring forth the most melodious of harmonies. (Do you not hear the noises of John Cage? Perhaps you do not listen to the sacred sound of gentle life? Maybe you do not recognize the moving sarabands of Marin Marais? Boxes and taut strings whose final purpose will be, not so much to flaunt the beauty of their shape, nor to show off their sound construction, nor to be true to their history, but mainly and above all else, to be able to produce the most harmonious of music.

What is the fascinating cylinder of the Collblanc School in Barcelona, but a sound box, a powerful drum? The roundness of the classical cylindrical shape, far from empty formalisms, gaining all its meaning from its adeptness to respond, differently according to different tensions tugging at it. Urbanity regained! Silently closing its eyes to the monster's threatening shadows, it finds its counterpoint in its serene opening to the light. The powerful cylinder lives, it opens up and rises, feeling part of its surroundings. As Norberg Schulz put it so well about the Kahnian work, it rises above «a cloud of leaves». It opens up, looking slyly and roguishly «everywhere,

Decía Llinás, de Sota, que el maestro convierte una cuerda en un paraguas. Más como mago virtuoso, nada por aquí nada por allá, que como arquitecto. Quizás como un queridísimo brujo. Y para este aprendiz de brujo que es Llinás, hace tiempo ya más maestro que aprendiz, quiero imaginar que, también, la arquitectura es una cuestión de encordaduras. De cuerdas y de cajas. De conformar cajas y tensar cuerdas sobre ellas para que, como musicales instrumentos, puedan sonar. Y en sonando la música, sumidos en sus acordes, caer en el olvido del mecanismo que la produce.

¿No es la arquitectura al fin y al cabo como la música? ¿No es cada pieza de arquitectura, cada edificio, como un instrumento musical que, al ser temperado por la luz del sol y tañido por el uso de los hombres, produce sonos que nos hacen temblar de emoción?

¿No es el arquitecto como un fabricante de instrumentos musicales? ¿No es el arquitecto aquél que con los más sencillos materiales fabrica algo inefable (¡Qué difícil es definir la Arquitectura!) que, transido por la luz y acordado por la vida de los hombres, es capaz de arrancarnos las más profundas vibraciones?

Llinás, más como ingenioso luthier que como arquitecto, manipula los más sencillos materiales. Y con ellos, escogida su calidad en silenciosa sabiduría y ajustado su trazado con inteligente perfección, produce sus artefactos: cajas maravillosas que, una vez tensadas sus cuerdas, son capaces de arrancar las más melodiosas armonías. (¿No oís los ruidos de John Cage? ¿Acaso no escucháis el son sagrado de la vida sosegada? ¿No reconocéis quizás las conmovedoras zarabandas de Marin Marais?). Cajas y cuerdas tensadas cuyo fin será, no tanto exhibir la belleza de su forma, o demostrar su buena construcción, o ser fieles a su historia, como además y por encima de aquello, ser capaces de producir la música mejor acordada.

¿Qué es sino una caja sonora, tambor imponente, el fascinante cilindro de su Escuela de Collblanc en Barcelona? La clásica forma cilíndrica, lejos de vacíos formalismos, toma todo su sentido en su eficacia para dar «urbanidad recuperada!», respuestas diferentes a las diferentes tensiones que la acosan. El silencioso cerrar de ojos a los monstruos que la atenazan con su sombra, tiene su contrapunto en su serena apertura a la luz. El poderoso cilindro está, se abre y se alza, entendiendo muy bien el lugar. Como bien apuntaba Norberg Schulz de la obra kahniana. Está emergiendo sobre «una nube de hojas». Se abre, mirando con pícaros guiños «a todas

but nowhere». It rises up towards the sunlight sipping its rays and gives them back, transformed into emotions, to men living there. And all this with just one telling gesture

What is his first known work, the tiny white box of the Orthopaedic Institute in Enric Granados Street, Barcelona, but a small psalter? With its only two twists, the graceful note of a staircase and the slanting positioning of a composition cleverly tuned to the light, manages to create, incredible thought it may seem, such a small exquisite sound.

And what is the Begur house? Its back shut off from the noise and cold makes its hollow emptiness open to the light and countryside resound even better. Open here, closed there, covered yonder. Pointing to the limits of space. And the instrument leaving itself free to be played upon

And is not what has just been done to the Archaeological Museum of Barcelona, tuning an old instrument? Despite leaning on an accursed hexagon, he has given it a new and better feeling. He has repaired, cleaned and polished it. And has tightened it up giving it the chance to play again.

The beauty, goodness, and truth of a musical instrument do not lie in the perfect composition of its shape, nor in the high quality of its materials, nor in the perfection of its construction. All this counts for much, but it is nothing if it does not ring true, if it is not able to produce the most rapturous of cadences

The beauty, goodness and truth of an architectural instrument, of a building, do not lie in the accurate composition of its shape, nor in the high quality of its materials, nor in the perfection of its building, nor in its historical value. All this counts for much, but it is nothing if it does not ring true, if it is not able to produce, being played daily by the sun's plectrum and by the use of men, that something else which still we call Architecture.

The buildings of José Llinás besides their formal aptitudes, in addition to the quality of their materials, not to mention the perfection of their construction, ring true because they are essentially able to produce that music, that architecture which even makes us forget the impeccable mechanism. As Sota so well said of Mies Van der Rohe: «Making architectural spaces without naming them».

And if we forget the shape, the materials and the construction, what is left of the buildings of José Llinás? What is left, babbling, is that *je ne sais quoi* which rings true. What it is. That which some of us continue to call Architecture.

partes, y a ninguna». Se alza hacia la luz del sol para libar sus rayos y dárselos, transformados en emociones, a los hombres que lo habitan. Y todo con un sólo gesto certero.

¿Qué es sino un pequeño salterio la diminuta blanca caja del Instituto de Ortopedia de la calle Enric Granados de Barcelona, su primera obra conocida? Con sólo dos guitas, el quiebro de una escalera y la colocación oblicua de una pieza, sabiamente tensadas con la luz, logra crear —¡parece mentira!— un tan prodigioso pequeño son.

¿Y qué es la casa de Begur? Su dorso cerrado al ruido y al frío hace que pueda resonar aún mejor su hueco vacío abierto a la luz y al paisaje. Abre aquí, cierra allá, cubre acullá. Señalando los límites del espacio. Y quedando dispuesto el instrumento para ser pulsado.

¿Y no es afinar una vieja máquina musical lo que acaba de hacer con el Museo Arqueológico de Barcelona? A pesar y apoyándose en un hexágono maldito, lo ha dotado de un nuevo y mejor sentido. Lo ha reparado y limpiado y bruñado. Y lo ha tensado dándole la posibilidad de sonar de nuevo.

La belleza, la bondad y la verdad de un instrumento musical no están en la acertada composición de su forma, ni en la buena calidad de sus materiales, ni en la justeza de su construcción. Todo eso es mucho pero nada es si no suena bien, si no es capaz de emitir las más arrebatadoras cadencias.

La belleza, la bondad y la verdad de un instrumento arquitectónico, de un edificio, no están en la atinada composición de su forma, ni en la mejor calidad de sus materiales, ni en la perfección de su construcción, ni tampoco en su adecuación histórica. Todo eso es mucho pero no es nada si no suena bien, si no es capaz de producir, tocado por el plectro del sol de cada día y el uso de los hombres, ese algo más que aún llamamos Arquitectura.

Los edificios de José Llinás, por encima de sus aciertos formales, además de la calidad de sus materiales, y sobre la perfección de su construcción, son lo que son porque son esencialmente capaces de producir esa música, esa arquitectura que incluso hace que nos olvidemos del impecable mecanismo. Como bien decía Sota de Mies Van der Rohe: «Hacer espacios arquitectónicos sin nombrarlos».

Y si nos olvidamos de la forma y de los materiales y de la construcción ¿qué queda en los edificios de José Llinás? Queda, balbuciendo, ese no sé qué que es lo que suena. Lo que son. Eso a lo que algunos le seguimos llamando Arquitectura.

Alberto Campo Baeza
Arquitecto
Zürich, 1990